

SONETOS ANDALUCES

Manuel García Viñó, es un joven poeta andaluz del grupo «Guadalquivir». Su línea poética viene enraizada en una clara tradición meridional o, por mejor decir, sevillana. De los poemas que de él conozco, constituyen los sonetos la parte más lograda; algunos de ellos francamente hermosos. Y no es casual ni pertenece a moda, el que la mejor expresión suya sea en esa forma métrica inmortal, de importación toscana. Hay en Sevilla un rico, un ilustre legado sonetista; no olvidemos que en el siglo de oro español la escuela sevillana se manifestó muy subrayadamente en maravillosos sonetos, y así los nombres del «divino» Herrera, de don Francisco de

Guadalquivir

Cristal feliz de mi niñez, estela
de musical serenidad riente,
blando caudal que fluye lentamente
a un sereno destino de acuarela.

Líquido azul que con su velo vela
la más rotunda claridad ardiente,
y en su rizado espejo transparente
mi voz, mi fe, mi pensamiento riela.

Abreme el seno de tu ondina pura,
llévame en andas de tu luz segura
por la callada ruta de tu orilla.

Que dondequiera que me encuentre quiero
tenerte por mi alado mensajero
—embajador de amor— hacia Sevilla.

Playa de Huelva

¡Aúpa! Levad anclas, marineros,
que se alza el resplandor y viene el día,
que abierta nos espera Punta Umbría
dormida en el temblor de los esteros.

Soltad amarras, remontad ligeros
la espuma litoral de la bahía,
que un rojizo cristal de lejanía
marca la ruta en línea de luceros.

Ya trenza el aire un vuelo de palomas,
y un perfume de Américas soñadas
palpita su ilusión bajo la quilla.

Ya el sol remonta las primeras lomas,
y entre pinos y arenas y ensenadas
Colón nos dice adiós desde la orilla.

Playa de Santlúcar

Fundido en mar, ya el río se desata
copiando ondulaciones a la duna;
ya aspira, ya se riega una tribuna
de arena virgen y escabel de plata.

Ya, azul de cielo, el agua se aclimata
al son feliz del viento que la acuna.
El sol entona una canción de cuna
a la ola niña que su luz retrata.

Laberinto de jarcias. Bajo guía
ofrece junto con su sal su aliento
de olor de pino y brisas marismeñas.

Playa del sur, mi corazón querría
dormirse en ti, tu espuma o sedimento,
como un ostión, anclado entre tus peñas.

El toro de la tarde...

Suena el clarín alegre del levante
y el gran coso del mar viste su gala;
por la testuz del arenal resbala
pesadamente el viento caminante.

De oro y de grana el sol, quieto y danzante,
quiebra su par de fuego por la cala
y el agua azul se peña y se acicala
presa en la airosa gracia del desplante.

El toro de la tarde, embravecido,
brinca entre bruma, brama, briza, estalla,
por el estoque de la noche herido.

La daga hiriente del primer lucero
le golpea mortal sobre la playa:
daga de luz, lucero puntillero.

La marea

Redondo mar, ¿por qué restas y sumas
o, cálculo integral apasionado,
vienes y vas y vuelves, dislocado,
en ondas verdes y encrespadas brumas?

La playa tersa o el riscal abrumas
en tiempo igual y ritmo prefijado;
cometa presa, tu rigor mojado
en beso y risa de tu cuerda esfumas.

Redondo mar, ¿por qué tus caracolas
ocultan leves en riscal y arenas
tu voz interna y multiplicaciones?

Pauta lunar, transfiguradas olas,
verde cadena de sirenas, llenas
tu comba, curva, huída de canciones.

La llegada

Espectador inmóvil, la pantalla
continua de la abierta ventanilla
me muestra la dorada maravilla
del cielo que a mi tierra pone valla.

Miradas de ansiedad. El alma calla.
¿Donde el final feliz, dónde Sevilla?
Un fondo musical de seguidilla
viste el paisaje que la luz detalla.

Senderos de ilusión, nubes ficticias,
blanco mensaje de ventura cierta,
el horizonte ofrece sus primicias.

Ya el tren remonta la señal abierta,
ya el viento huele a Catedral. ¡Albricias!
¡Allí se yergue la Giralda alerta!

En Córdoba

Este arcángel de mármol que eterniza
su vuelo vertical en piedra dura,
desde el mástil azul de su escultura
cambia de norte el rumbo de la brisa,

abre horizontes, sueña, diviniza,
ciñe de luz, Guadalquivir, tu anchura,
al sol desde su altura transfigura
y espuma y plata entre tus risas riza.

Ángel de mármol, celestial vigía,
pescador de las nubes, marinero
sobre la esbelta cruz de tu mesana,

marca la ruta del ensueño, envía
corriente abajo mi ilusión, ligero
mensajero de amor, hasta Triana.

Faro de Chipiona

Surtidores de luz, lenguas de plata
lamiéndole los filos al paisaje;
hebras de hilo azul para el encaje
que espuma y nube al horizonte ata.

Compás y clave de la serenata
en mar mayor —triumfal— del oleaje;
rueda dentada para el engranaje
del cielo que a tu beso se dilata.

Tiende la noche su dosel de sueño,
naufraga la mirada y, entre bruma,
mi pecho marinero te adivina.

Despliega el viento su fruncido ceño,
y al horizonte —lágrimas de espuma—
te llora por los siglos Salmedina.